

Que ya no me separaría de ella. Que renunciaría á los viajes que teníamos la costumbre de hacer todos los inviernos á Niza.

Que me quedaría en Paris porque me era imposible vivir sin ella.

¡Y qué movil más poderoso podría retenerme que su hijo, al cual querria tanto como quería á la madre!

¿Qué más os diré?

Vosotros sabéis tan bien como yo lo que se puede inventar para disculpar la falta de una mujer á quien se adora.

A las once iba á despedir á Ana-María y la estrechaba contra mi pecho con frenesí, cuando una puerta, esa que veis ahí, se abrió bruscamente y apareció en ella una mujer.

XVII

Ana-María se había desprendido de mis brazos.

Estaba apoyada en la pared, cerca de la chimenea, con el terror y la vergüenza pintado2 en su rostro.

Era la baronesa quien acababa de aparecer.

A su indiferencia ordinaria, había sustituido una profunda irritación, que desfiguraba su rostro sin llegar á afearlo.

Estaba hermosa como la estatua de la indignación.

Venía evidentemente de la ópera y en su vuelta no había habido nada de premeditación.

Estaba en traje de *soirée*, con los hombros apenas cubiertos por una salida de baile, los brazos desnudos, un collar de perlas, pendientes de brillantes y en las muñecas y en

los dedos resplandecían también los brillantes y los zafiros.

¡Qué diferencia de Ana-María!

¡Qué aniquilamiento!

Hice una seña á la pobre muchacha.

—Vete—la dije—sin ocuparme de disculpar aquella sorpresa y mi falta.

La baronesa la detuvo con un gesto y una palabra.

—Quedaos—ordenó.

Cerró tras sí la puerta, dejó caer la colgadura y avanzó hacia mí, amenazadora, lívida, con las cejas fruncidas.

—No me han engañado—dijo.—Llego de improviso y os estorbo, pero tanto peor. Se necesita una explicación. La tendremos.

Sus labios estaban blancos; las palabras se la escapaban de la boca con trabajo y á intervalos.

—Calmaos—la dije con voz alterada—y puesto que lo queréis, expliquémonos.

Me levanté y, cogiéndola de la mano, la obligué á sentarse á mi lado, añadiendo:

—Ahora hablad, y procurad dominaros.

Puso su pañuelo entre los dientes, agitó

un instante sus crispados dedos y consiguió recobrar un poco de calma

—¿Estais seguro de que nadie nos escucha?—preguntó.

—Así lo creo.

—Tanto mejor. Hasta ahora hemos conservado una reputación honrosa, y odio el escándalo, sobre todo un escándalo semejante. Estaba muy lejos de esperar tal infamia; pero, en fin, existe, y nada en el mundo puede hacer en adelante que no haya existido. Nuestra tranquilidad ha concluido; pero tal vez podamos salvar las apariencias.

Se detuvo.

Se sofocaba.

—Desde luego—repuso,—no quiero que me supongais capaz de rebajarme á un indigno espionaje. Me avergonzaria de semejante papel. Os aseguro que no me he ocupado de vigilar vuestra conducta. Ha sido precisa una advertencia muy terminante para decidirme á obrar.

—¿Qué advertencia ha sido esa?

—Estaba yo muy tranquila en mi palco. Escuchaba *Fausto* y llegaban á la escena de la iglesia...

—¿Y qué ocurrió?

—La acomodadora entró y me dijo: «Acaban de traer una carta para la señora baronesa». Dádmela.

La cogí, no la leí en seguida. Pregunté á la portera que de quién era la carta.

No supo darme razón.

La había recibido de una joven que parecía dependiente de algún almacén ó doncella de casa grande.

Salió la acomodadora.

Quedé sola. Vuestro amigo Mortimer se paseaba en el pasillo con uno de sus colegas.

Miré el sobre.

La letra me era completamente desconocida.

Y para vos lo será también sin duda.

Me alargó la carta diciéndome bruscamente.

—¡Leed!

No decía más que esto:

«¡Estais ciega! Vuestro marido sostiene en vuestra casa, desde hace mucho tiempo, relaciones con una de vuestras sirvientas, y

vos ni aun lo sospechais. En este mismo instante están en conferencia íntima. Todas vuestras ausencias son para ellos ocasiones de reunirse. Habeis rechazado á otros por ser fiel á un marido voluble que os engaña... Esto es un desquite para nosotros.

«UN ENAMORADO DESDEÑADO.»

El barón prosiguió.

Recorrí con estupor la carta, anónima por supuesto, preguntándome de quién podría ser. No lo adivinaba. La redacción era tan torpe como pérfida. No provenía de un hombre ni de una mujer instruida, esto era evidente. Pero esto me importaba poco. El daño estaba hecho.

Angela me dijo:

—No pude creer lo que leía. Esta denuncia misteriosa me admiró más que me irritó. Me parecía de tal manera inverosímil, que no me era posible darla crédito. ¡Vos, el baron Chatel, comprometeros con una sirvienta, en vuestra casa, deshonrando vuestro hogar cuando teníais tantos medios de evitar vuestra deshonra! os dispensé el honor de negarme á creerlo.

Estrujé el papel. Estuve á punto de hacerlo pedazos. Y después, vos conocéis el efecto ordinario de esa clase de infamias. Se las rechaza á primera vista, y poco á poco la calumnia surte su efecto... se inquieta uno, se irrita... se entrega á suposiciones, se vacila, y después de una lucha de algunos minutos es uno vencido, y quiere ver, enterarse.

Hice lo que los demás, quise saber; salí precipitadamente, sin esperar al doctor Mortimer, tomé el primer coche que encontré, y héme aquí.

Ahora bien; esa carta no me engañaba.

¡Decía demasiada verdad!

Se levantó como movida por un resorte, y volviéndose á Ana-María, que estaba blanca como el lienzo:

—¿De modo que érais vos, miserable!

Traté de contenerla.

—¡Perdón!—murmuré.

En mi aturdimiento, traté de dar una disculpa necia:

—Esta joven no es culpable—dije.—Venía á decirme que está enferma y que quiere volverse á su país.

—¿Enferma! ¡Ella! Y... ¿desde cuándo? Es-

taba admirablemente buena esta misma tarde... Pronto se ha apoderado de ella su enfermedad....

Y de pronro lanzó un grito de rabia.

—¡Ah, Dios mío! ¡No soy bastante estúpida, bastance ciega!... Pero es ella... ¡Ah!... ¡Lo comprendo todo!... Esta marcha... esta huida... ¡Qué marche, sí, que marche cuanto antes, esta misma noche, al instante!... ¡Marchaos, desgraciada!... ¡Os arrojo de mi casa!

Ya no era tiempo de negar.

Ana-María desfallecía; se doblaban sus rodillas.

La ví próxima á caer sobre la alfombra, y me lancé á sostenerla.

Desmayada, la tendí sobre una butaca, y dirigiéndome á Angela:

—No teneis compasión—la dije.—Dios quiera que no tengais nunca que arrepentiros de ello. Esta criatura es inocente, os lo repito, porque ella no ha hecho más que sacumbir á mis deseos, porque yo soy quien la ha perdido, ¡porque la amo, en fin!

—¡Una sirvienta! ¡una criada! ¡una miserable!

—¡Pues, bien; sí, miserable, pero no en el

sentido que quereis dar á la palabra!—exclamé exasperado.—¡Es un ángel: una mártir de la miseria! ¡Es una de esas desheredadas á quienes el hambre arroja de su país y que se van de él á la ventura, entregadas á todas las incertidumbres, á todos los dolores, á todas las tentaciones y á toda las torturas!

¡Debírais tener piedad de ella, vos á quien la casualidad ha hecho feliz, rica, sin carecer de nada, pensando en que vos también hubiérais podido nacer pobre, abandonada, expuesta como ella á todas las exigencias de un amo que puede echarla á la calle y privarla de su pedazo de pan! ¡Yo soy, yo, quien ha tenido la culpa de todo! ¡A mí es á quien debeis acusar! ¡Dirigíos á mí y os contestaré!

—¿Qué me contestaríais?

—Os contestaría que, si en lugar, de frecuentar tanto la sociedad, las fiestas los almacenes, los bailes y los teatros, loca por el deseo de brillar, hubiérais estado en vuestra casa, si la hubiéseis vigilado, si os hubiéseis ocupado de vuestro marido, en lugar de ocuparos de los trapos y de las cosas fútiles, tal vez le hubiéseis defendido y le hubiéseis evitado caer en una tentación demasiado pode-

rosa para que no fuese irresistible. Mirad á esa rival á quien tanto desdeñais, y decidme cuantas de vuestras amigas, de esas mujeres que acabais de dejar en el teatro cubiertas de diamantes, orgullosas de su opulencia, lisonjeadas por tanto adulator, tienen esa radiante hermosura y ese esplendor casto y sereno de primavera en toda su belleza. Decidme cuántas de ellas podrían rivalizar con esa miserable, como vos la llamais, si los hombres no se dejasen engañar por los trapos y las bagatelas que os adornan! Y el corazón, la delicadeza, el desinterés, todo en fin! ¡Hablamos de ella!

—¡Compararme con!...

—¿Por qué no? ¡Lo que el hombre busca en una unión es la felicidad! ¡Quién os dice que no la encuentre en ella completa, incomparable!

—¡Guardadla, pues!

—¡No teneis necesidad de aconsejármelo! ¡Después de semejante escena no puede haber nada común entre nosotros! ¡No niego mis culpas! No me vanaglorio de ellas. Digo que un azar lo ha hecho todo... Yo no he traído á mi casa á esta criatura... Por vos es

por quien ha entrado en ella. Vos la echais de ella, sois libre de hacerlo. ¡Otras han caido en manos indignas que las han rechazado después de haber abusado de ellas. Yo no soy de esos. La aguardo en efecto y la protegeré... tanto más, cuanto que me es sagrada... ¡Y vos sabeis por qué puesto que lo habeis dicho!

Me detuve, temblando de cólera y de emoción.

Una exaltación extraordinaria se había apoderado de mí. Al hablar miraba á Ana-María con inquietud.

Parecia continuar privada de sentido.

La cogí en mis brazos y la levanté.

Sus hermosos y dorados cabellos se desataron; quedó como envuelta en ellos; sus cerrados ojos estaban anegados de lágrimas.

Angela no hizo el menor movimiento para contenerme.

Se había dejado caer sobre un diván y contemplaba aquella escena sin inmutarse.

Cerca de la puerta me volví y con tono más tranquilo.

—Si he pronunciado palabras demasiado vivas, Angela, la dije, dispensadme. Esta fal-

ta es tal vez más explicable que lo que vos creéis. Ciertas tentaciones son irresistibles. No os odio por vuestra cólera; es legitima. Jamás he tenido porque quejarme de vos y por mi parte debeis hacerme la justicia de que he hecho cuanto he podido para haceros amar la vida. Un ser cobarde y vil ha comprometido nuestra dicha con una denuncia odiosa... Que el mal caiga sobre él y adiós!

Iba á salir.

Angela se levantó galvanizada por una idea.

¡Yo esperaba un movimiento del corazón!

Pero volvió á caer en su asiento diciendo:

—¡No, no; eso es imposible. adiós!

culpable, de un amo indigno, y consideraba la rabiosa ira que deben suscitar en almas irritadas, llenas ya de una inmensa desesperación.

¡Te arrojo!

Es decir: ¡Vete, tú que has tenido la imprudencia de olvidarte en una hora de aburrimiento y de soledad; tú que has cedido á las instancias de mi marido que te perseguía, de mi marido, ébrio de una pasión brutal:

¡Te arrojo!

Es decir, yo no me inquieto de lo que pueda suceder á esa criatura que llevas en tus entrañas. Trabaja para alimentarla; estenuá-te, muere de miseria. Tu vergüenza y tus sufrimientos no me importan.

¡Te arrojo!

Es decir te echo á la calle, al arroyo, al sumidero.

Y esas infortunadas se van: obedecen, con la cabeza baja, con la rabia en el alma, no con rabia, su desaliento es demasiado profundo, con desesperación solamente, con la mayor consternación, disgustadas de todo, del amor que no han conocido, de sí mismas, del mundo entero y de la vida.

¡Y no se comprende que el Sena, que serpentea en medio de esa corrupción y de esas cobardías, no arrastre más cadáveres en sus turbias aguas, cadáveres de desesperadas y de hijos de la vergüenza, mientras que la policía recogiera á sus verdugos del suelo de sus viviendas, con un cuchillo de cocina en el vientre!

Esto es lo que yo pensaba.

Ana-María seguía sollozando y con la cabeza apoyada en mi brazo.

Se detuvo el *fiacre*.

La distancia de la avenida Gabriel á la calle de Berri es corta.

Llamé.

Como sabéis, la casa es mía; el portero es uno de los antiguos criados de mi padre.

El buen hombre iba á acostarse cuando llamé.

Abrió.

Entramos Ana-María y yo.

Todos los inquilinos de la casa se habían retirado, y en toda la casa no se veía más luz que la de un mechero de gas que alumbraba débilmente en la portería.

Sin embargo, Pedro leyó en mi cara la

turbación en que me encontraba, y, por otra parte, la presencia de Ana María le sorprendía.

No me interrogó. Es demasiado discreto: sólo que no pudo contener esta pequeña exclamación:

—¡Vos, señor barón!

El ignoraba completamente mis proyectos.

Yo había hecho amueblar un cuarto en el quinto piso, por mediación de una antigua ama de llaves, á quien paso una pequeña pensión, con la cual, y los productos de sus economías reunidas durante el tiempo que estuvo á nuestro servicio, puede vivir.

—¿Está Susana?—pregunté á Pedro.

—Sí, señor barón.

—Dadme la llave...

Vió sin duda una confidencia dispuesta á asomar á mis lábios, porque animándose, dijo:

—El señor barón parece que está muy turbado.

—¡Estoy trastornado, amigo mio! ¡Me sucede una desgracia... muy grande!

—¡A vos! ¿Es posible?

—Es culpa mía. Contaba con el secreto....

No sé quien nos ha vendido. Amo á esta joven... El cuarto es para ella... Mi mujer la echa de casa... No debo abandonarla... Silencio, ¿entendéis?

Pedro me entregó la llave y una palmatoria, diciéndome:

—Si el señor barón quiere, yo le alumbraré...

—Es inútil, no os molesteis.

La casa de la calle de Berri es, en realidad, muy hermosa. La escalera, sobre todo, es grandiosa.

Ana-María iba delante de mí.

El calorífero mantenía á buena temperatura la espaciosa caja de la escalera, y una alfombra muy ancha y espesa cubría los escalones en sus tres cuartas partes.

Se sentía allí el bienestar de las casas ricas; sin embargo, yo veía que una vibración extraña sacudía el cuerpo de la bretona y oía que sus dientes se entrechocaban.

Ana-María tenía frío, un frío de fiebre, un temblor de enfermedad mezclado de graves síntomas.

La conmoción había sido demasiado ruda para aquella vibrante naturaleza.

En el descanso del quinto piso vaciló y no tuvo tiempo más que para agarrarse al balaustre; pero yo la sostuve.

Teníamos cerca la puerta.

Abrí y nos encontramos en un vestíbulo helado.

Estábamos á fines de febrero y el tiempo estaba riguroso.

Yo sostenía á Ana-María por el talle.

Un gran temblor la agitaba.

Yo no sabía á qué atribuir aquella extrema sensibilidad.

Traté de tranquilizarla.

—No tengas miedo—la dije.—Estás en seguridad y nadie te repetirá las injurias que has oído esta noche.

Yo no había previsto una partida tan repentina de la avenida Gabriel; sin embargo, en la casa de la calle de Berri todo estaba dispuesto para recibir á su nueva inquilina.

La misma Susana la esperaba en una habitación separada de la que debía ocupar, que era espaciosa, pues ocupaba todo el ancho del piso. A esta habitación fué adonde la conduje.

La chimenea, cargada, no esperaba más que una chispa para empezar á arder.

Se encendió con facilidad.

Al mismo tiempo encendí las bujías de dos candelabros y creí que aquella luz iba á dar al rostro de mi pobre Ana una expresión de sorpresa y alegría.

Me engañé.

Permaneció triste y abatida. Sus apagados ojos apenas dirigieron una mirada indiferente á todo lo que la rodeaba.

El sitio era, sin embargo, á propósito para seducirla.

La habitación estaba arreglada con arte.

Colgaduras de seda azul guarnecían el ancho lecho, que ocupaba el centro en frente de la chimenea.

Las paredes estaban colgadas de esa misma tela brochada.

Algunos muebles antiguos suplían lo que el resto del mobiliario pudiera tener de nuevo y de trivial.

Una confortable alfombra, color gris, de armoniosos tonos, cubría el pavimento.

Las dos ventanas que daban al patio, con sus cortinas corridas, completaban aquel nido

de amor que debía cobijar el objeto de mi culto.

Ana-María no le concedió ninguna atención.

Se puso de rodillas cerca del lecho, ocultó la cabeza entre las manos y la ví murmurar esta sola expresión.

—¡Perdida!

Sentí un choque en el pecho. Aquello fué como un violento remordimiento que me hirió bruscamente.

No traté de consolarla.

Se levantó al cabo de algunos minutos, se acercó á mí, con los ojos secos, y presentándoseme la frente con una gracia adorable:

—¡Perdonadme!— me dijo.

Yo encontraba en su mirada y en su cara algo especial.

La convulsión que había notado en la escalera persistía.

La mano que estrechaba entre las mias abrasaba. Ana-María temblaba como una hoja al impulso del viento.

Su color, tan puro de ordinario, se aplomaba y su cara se alteraba poco á poco.

—¿Qué tienes?—la pregunté.

—Nada.

—¿Tienes frío?

—Sí.

—¿Tienes dolores?

Tocó su frente y me dijo con voz lastimera

—Aquí.

—¿Mucho?

—No sé.

Contestaba maquinalmente, sus ojos; sus hermosos ojos de un azul verdoso, parecían vidriados.

Apenas se podía tener en pié y se apoyaba en la cama para no caer.

La puse sobre mis rodillas y la desnudé.

Se dejó desnudar como una criatura dormida; yo leía en sus ojos un profundo reconocimiento, un abandono completo de su voluntad, una resignación á todo lo que yo podía exigir de ella.

¡Era mi dicha, mi bien!

¡Oh! sí, ¡mi bien máspreciado!

No hubiera concedido á nadie, ni aun aquella de quien había hecho la compañera de toda mi vida, el derecho de disputármela.

Angela, era mi mujer, la esposa; Ana-María era más que ella, era la madre.

La acosté en el lecho con las precauciones de una nodriza y me instalé á la cabecera tendido en una *chaise-longue*.

Temía vagamente aun, el ataque de una enfermedad desconocida, una fiebre, un ataque al cerebro, provocado por la violencia de Angela.

Yo estaba materialmente anonadado.

Toda la noche estuve oyendo, con el corazón afligido, las casi ininteligibles quejas de Ana-María.

Desperté á Susana é hice llamar al doctor Charvet, mi inquilino del primer piso, que no se encontraba en casa.

Llegó á las seis de la mañana, reconoció á la enferma y no se atrevió á decirme su diagnóstico.

Sin embargo me tranquilizó afirmándome que no creía un peligro inminente y que era preciso esperar.

A las nueve, Ana-María parecía mejor y Susana velaba á su lado.

Me aproveché de esto para ir á la avenida Gabriel.

Angela me esperaba en mi gabinete.

XIX

Dí un paso atrás, con intención de retirarme.

Angela me detuvo con un gesto.

Estaba triste. La noche la había aconsejado. La irritación de sus ojos demostraba la ausencia del sueño, ó que éste había sido agitado y tal vez interrumpido por el llanto.

—Quedaos,— me dijo con dulzura.—Tenemos que hablar. ¿Dónde habeis estado toda la noche?

No contesté.

—Con esa muchacha, sin duda. Entre ella y yo, no habeis dudado. Es la más cruel injuria que habeis podido hacerme. En fin, la he sufrido... Ya comprendeis que entre nosotros todo ha concluido...

Permanecí mudo.

Ella suspiró.

— Yo no esperaba tan triste vida,—repu-